

La nueva cultura de las ciudades

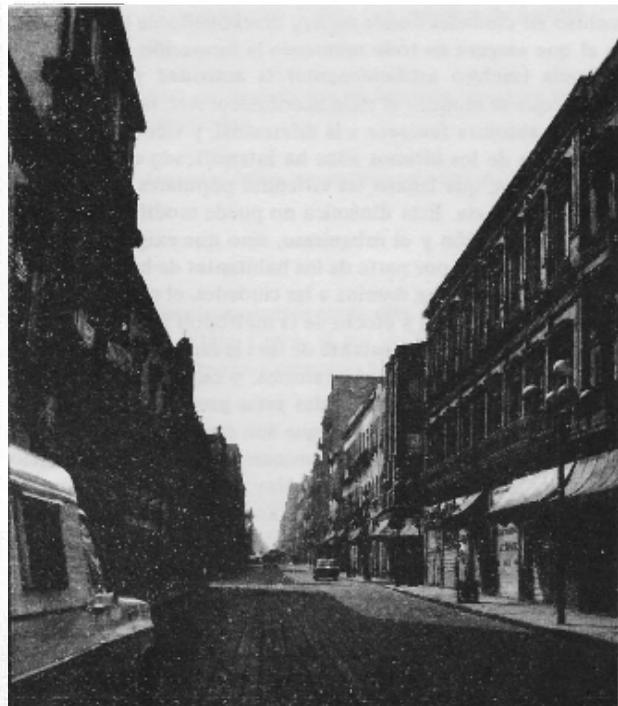
Estas notas provienen de un apretado resumen del libro de Pier Luigi Cervellati, Roberto Scannavini y Carlo de Angelis: *La Nuova Cultura delle Citta*. Ed. Mondadori, Milano, 1977. La obra se refiere a la experiencia de rescate del centro histórico y la planificación urbana en Bologna, Italia. Por la importancia que en este caso ha tenido la participación de los ciudadanos, y por la sistematización que ahí se ha dado a los criterios sociales de reutilización del centro histórico, la experiencia de Bologna puede ser de gran utilidad para los proyectos que ahora emprendemos en el INAH.

En Bologna se ha demostrado cómo es posible garantizar la conservación física del centro histórico, permitiendo a la vez su uso social. Los comités de barrio y las comisiones populares han demandado y obtenido una finalidad social para la restauración; han afirmado y profundizado la idea de que "no existe conservación por fuera de la conservación social"; han subrayado cómo la tutela y la salvaguarda no tienen significado alguno, incluso desde el punto de vista cultural, si no se modifica el proceso de desarrollo urbano, que ayer estaba basado en el éxodo de quienes habitaban en el campo, y hoy se ve determinado por el desplazamiento de quienes viven en las zonas centrales, y no tienen los medios económicos para efectuar las reparaciones o reestructuraciones necesarias para crear habitaciones, en una ciudad en la que pueda todavía florecer la convivencia entre sus habitantes.

1) ¿Reconstruir como era y donde estaba como se hizo en Varsovia, o insertar la nueva arquitectura dentro del contexto histórico, como sucedió en Londres? Esta cuestión no se puede aislar de los problemas globales del territorio, ni se puede ver como una disputa cultural limitada, sin plantear los problemas de fondo.

El urbanismo ha fallado una y otra vez ante los problemas críticos de las ciudades, y ante la propia tarea de conservación de sus centros históricos; y el fracaso deriva fundamentalmente de que se ha buscado crear "islas" dignas de ser protegidas, pero no se ha ligado esto a las necesidades que impone la conservación del resto de la ciudad ya construida, y no se han puesto a discusión los principios que rigen el crecimiento de la ciudad post-liberal. Así, la conservación se convierte en una cuestión accesoria, y no en un elemento estructural de la ciudad. Se trata de una "benemérita obra cultural", de la defensa de un patrimonio ante una sociedad a la que se supone bárbara e insensible a los valores históricos. Y el fracaso de esta lógica es inevitable porque, vista de este modo, la conservación sólo puede involucrar a una parte muy pequeña de la sociedad: aquella que tiene el privilegio de conocer y apreciar el significado de los bienes culturales.

2) La intervención estatal en la planificación urbana se ha centrado en la previsión y el control de las áreas agrícolas que se van incorporando a las ciudades. Pero esto sin analizar las potencialidades de reutilización de la ciudad ya existente. Por eso, si bien se han dado importantes avances en cuanto a la planificación y la intervención estatal, que han logrado proteger a la colectividad más allá del puro crecimiento espontáneo de las ciudades, estas políticas han sido en conjunto impotentes ante la crisis urbana.



3) El proceso que regula el crecimiento urbano es un ciclo que liga coherentemente la reutilización del centro histórico con la expansión periférica. La expansión hace aumentar el valor de las áreas centrales, y este aumento provoca la reconstrucción y la reutilización del centro, lo que a su vez desplaza hacia la periferia a sus pobladores. Su expulsión llega a aumentar artificialmente la demanda de viviendas periféricas, lo que a su vez revalora el centro y provoca que se intensifique en él una reutilización lucrativa. Este ciclo, que se retroalimenta

* Investigadora de la Dirección de Estudios Históricos



incluso en ciudades donde no hay crecimiento de la población, es el que asegura en todo momento la formación de la renta, y estimula (incluso artificialmente) la actividad edilicia, impidiendo que se bloquee el ciclo económico. Así, la formación de la renta absoluta favorece a la diferencial, y viceversa. La crisis económica de los últimos años ha intensificado estos procesos especulativos, que lanzan las viviendas populares cada vez más hacia la periferia. Esta dinámica no puede modificarse a través de la planificación y el urbanismo, sino que exige la participación y el control por parte de los habitantes de la ciudad. Dentro de esta lógica que domina a las ciudades, el centro histórico se convierte en causa y efecto de la metrópoli actual.

4) El crecimiento constante de las ciudades es visible aun en las que no reciben flujos migratorios, y cuyo número de habitantes permanece estable. Dadas estas premisas, el análisis de las ciudades europeas muestra que aun cuando la actividad edilicia no cesa, tampoco hace disminuir el número de habitaciones degradadas o sobrepobladas. Hay, en cambio, un aumento paralelo del hacinamiento y de estancias desocupadas. Porque la actividad edilicia contribuye a que se vacíen amplias zonas que van siendo destinadas a usos más lucrativos, a través de los cambios en el uso del suelo en las áreas centrales; y se reproduce, sólo que en otras zonas, la vivienda inadecuada y degradada.

5) Así como la migración proveniente de las áreas rurales refleja y acentúa los desequilibrios sociales, la migración interurbana agrava también las desigualdades, y deteriora la relación campo-ciudad. Los ciudadanos llegan a convertirse en perpetuos migrantes, y el territorio se va consumiendo bajo la mancha urbana, como si fuera un recurso infinito e indestructible. Además, el continuo aumento de las dimensiones de las ciudades las vuelve ingobernables y básicamente antidemocráticas, en tanto que se abre la brecha entre los ciudadanos y sus gobernantes. En este punto, las inversiones requeridas para atender los problemas urbanos están siempre por encima de

las posibilidades estatales, incluso en los países desarrollados y en los socialistas.

6) La intervención estatal, por lo general, se reduce a las áreas de nueva construcción, dejando al juego del mercado y la especulación la ciudad ya construida. Así, no sólo deja todo el espacio a la formación de la renta diferencial que proviene de los cambios en el uso del suelo, sino que la propia intervención estatal contribuye a abrir paso a una doble especulación: en las zonas nuevas y en las ya construidas, retoolimentando un ciclo sin fin. Así, lo que se propone a quienes solicitan viviendas es que se integren a una larga lista de espera, con la esperanza de que sus casas serán construidas tarde o temprano en algún lejano punto de la periferia. Lo que no se pone a discusión es la posibilidad de reutilizar los espacios ya urbanos para satisfacer esta necesidad de viviendas.

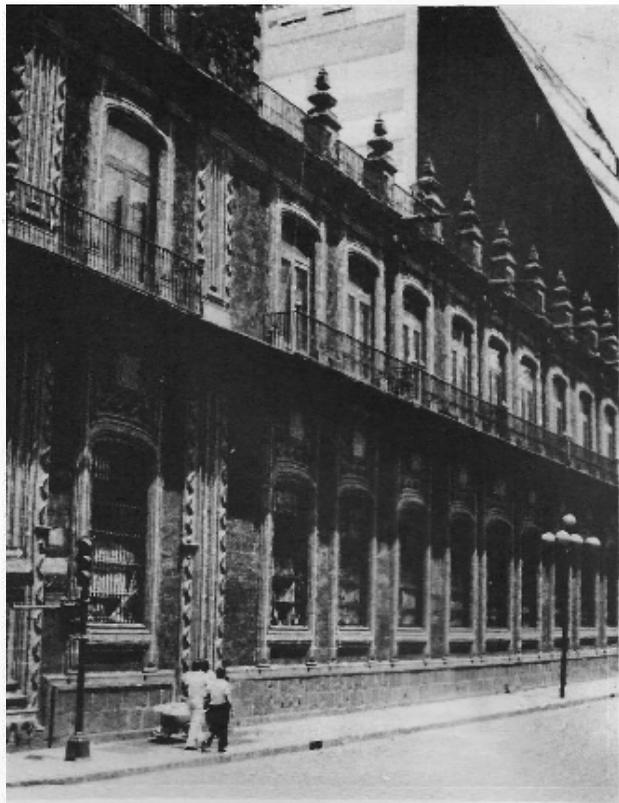
7) La expansión urbana tiene a imponer al centro histórico las modalidades de las áreas nuevas, rompiendo las ligas que había en el pasado entre la ciudad y sus habitantes. Tradicionalmente, la conservación histórica (ya sea respetuosa de lo ya construido o más o menos destructora) ha estado definida en función de la expansión de la periferia.

8) Habría que buscar en el centro histórico una alternativa para los problemas urbanos. Esto no implica huir de las responsabilidades contemporáneas, y exige reconocer que a lo largo de los siglos el centro histórico ha sido objeto de procesos que lo han modificado. Pero a partir del centro histórico es posible buscar una nueva cultura de las ciudades, siempre y cuando se modifiquen los principios que regulan el desarrollo urbano. Partir del centro histórico permite replantear la suerte de todo el territorio y la relación campo-ciudad, salvando, desde una perspectiva más amplia, la tradicional polémica entre modernistas y conservadores.

9) El centro histórico puede convertirse en la matriz de la renovación urbana. Una política de salvaguarda de la estructura física y del tejido social de esta zona altamente calificada (por motivos económicos y culturales), puede extenderse hacia las zonas periféricas: a esos círculos sucesivos y asfixiantes que están destinados a seguir siendo "periferia" en tanto se sigan las medidas encaminadas a "vaciar" los centros históricos. La reutilización de lo existente es la base que permite a la colectividad apropiarse del centro, el cual es necesario conquistar para que la colectividad logre apropiarse de todo el agregado urbano, y así emprender la reconciliación del hombre con su medio ambiente. Habrá que *construir el futuro de la ciudad sobre su propio pasado*.

10) Las ciudades (esto es, los espacios y las construcciones) no pueden seguir siendo "desechables". Actualmente, los edificios están destinados a ser demolidos una vez que se amortiza el capital invertido, mientras que las construcciones históricas, para producir nueva renta, son demolidas o reconstruidas. De esta manera se logra —tarde o temprano— la destrucción de la ciudad histórica, pedazo a pedazo, hasta que ésta se asimila a la ciudad emergente. El uso del centro histórico bajo estas nuevas condiciones se va haciendo opuesto a sus usos originarios, y el centro histórico se destruye (por más que se conserven algunas edificaciones), porque se rompe la ligazón orgánica entre los edificios y los espacios públicos (las calles y plazas), y entre los sitios de habitación, trabajo y comercio y los edificios y servicios públicos. Es necesario proponer una alternativa a la expansión indiscriminada de la ciudad, regida por la ganancia y en detrimento de las condiciones de vida de sus pobladores. Más que construir anárquicamente sobre nuevas áreas, habrá que sistematizar, racionalizar y hacer vivibles las áreas ya construidas.

11) Aun desde el plano del urbanismo subalterno, es posible crear e instrumentar propuestas para revertir las tendencias





dominantes. Hay que detener la especulación no sólo en las áreas nuevas, sino también en las zonas ya construidas, y esto sólo puede lograrse con la participación de los habitantes de la ciudad. Las áreas ya existentes son las que pueden convertirse en el punto de referencia para el desarrollo urbano y regional. De esta manera puede superarse la polémica entre “conservar” y “renovar”, porque desde un proyecto que enfaticé el uso social del espacio, ambos extremos pueden quedar estrechamente articulados.

12) La restauración se ha hecho, tradicionalmente, a partir de escalas que suponen un determinado valor histórico a cada edificio. Estas clasificaciones, además de que están sujetas a la subjetividad del proyectista, sólo consideran dignas de ser restauradas las construcciones monumentales, mientras que otros edificios —que son muy importantes para el ambiente y que forman el tejido conectivo del organismo histórico— sólo son sujetos a intervenciones formales, sin un análisis de su articulación y su significado social en el contexto histórico. Estos proyectistas no se ocupan tampoco de los habitantes que residen en las áreas históricas, y que resultan lanzados hacia la periferia como resultado de la propia restauración formal. La restauración, para ser efectiva, no puede darse dentro de este estrecho marco: edificio por edificio. Es necesaria una visión de conjunto, un análisis de las funciones que desempeña el centro histórico dentro de ese conjunto, y un cuidadoso análisis de los usos y finalidades de las áreas y de los edificios conservados.

13) Cuando se plantea la necesidad de que los habitantes del barrio renovado permanezcan en la zona, esto implica atender no solamente a la vivienda, sino conservar todo aquello que la prolonga en términos sociales, culturales, ocupacionales y de servicios. La permanencia de la población debe estar asociada a la de las actividades comerciales y artesanales o de servicios, que forman el contexto económico de quienes viven en la zona sujeta a la renovación urbana. Estos propósitos se tra-

ducen en una lucha por desarrollar cualitativamente las características económicas y urbanas del barrio.

14) Por renovación urbana no debe entenderse un freno “malthusiano” a la actividad edilicia, sino un acto político de reutilización y consumo colectivo de los recursos ya existentes en el territorio. Contra la renovación urbana, se argumenta muchas veces que ésta implica altos costos que podrían abatirse en la periferia. Pero los costos que esta *conservación renovadora* implica, se compensan ampliamente si se toman en cuenta los problemas sociales que involucra la urbanización de la periferia: el desperdicio que se da en cuanto aumenta el número de edificios vacíos; la pérdida de terrenos agrícolas y de las reservas ecológicas; el costo de los nuevos servicios, del transporte y de las tareas administrativas y de gestión; y el costo social y cultural que tiene para los habitantes de la ciudad el convertirse en migrantes perpetuos dentro del área urbana. Pese a todo esto, el Estado no ha considerado a las zonas ya construidas como aptas para desarrollar en ellas programas de vivienda popular.

15) La conservación renovadora se convierte en conciencia y conocimiento del ambiente urbano, y tiende a recuperar el modo de ser de los ciudadanos. Si la conservación precisa el para quién y el para qué, la tutela del patrimonio histórico y cultural puede quedar asegurada y anclada en el conocimiento popular. Conservar es, por tanto, índice de conocimiento y de percepción colectiva. Programar la conservación supone una “conquista”, supone afirmar un principio cultural lleno de implicaciones sociales y económicas, y puede ser para los habitantes de la ciudad un método y un medio de reapropiarse del espacio urbano, el cual, como lo testimonia el centro histórico mismo, fue en el pasado un bien público y de uso colectivo. La conservación renovadora supone la defensa del centro histórico en su conjunto como un patrimonio cultural y, por tanto, no privatizable. Y exige, necesariamente, la participación popular en su defensa.